

CARTA A LOS PEREGRINOS DE ESPERANZA N° 1

“La Esperanza no defrauda” (Rm 5,5)

El Santo Padre Francisco ha convocado a toda la Iglesia para la celebración del Jubileo Ordinario del año 2025 y ha señalado la orientación que quiere darle al mismo: “La **esperanza** constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años”.

Inspirado en esta hermosa propuesta del Santo Padre Francisco es que les envío la primera de una serie de cartas sobre la **Esperanza** deseando poder acompañarlos a lo largo de este año jubilar que estamos llamados a vivir como “peregrinos de esperanza”.

Importa comenzar situándonos en este año jubilar 2025 al que podemos describir con tres imágenes: la puerta abierta; las manos vacías y los pies ligeros.

La puerta abierta: uno de los signos más claros de los jubileos es la apertura de la Puerta Santa que da inicio al año jubilar. La puerta en los templos simboliza a Cristo, «puerta» de salvación (cf. Jn 10,7.9). En cierto modo podemos decir que en cada año jubilar se abre la puerta del cielo y, desde allí, se derraman sobre nosotros la gracia, la misericordia y el perdón de Dios. Somos invitados más vivamente por el Señor Jesús a ir hacia Él para que nos introduzca en el amor misericordioso del Padre. Como dijo el Papa Francisco en la misa de nochebuena: “con la apertura de la Puerta Santa damos inicio a un nuevo Jubileo. Cada uno de nosotros puede entrar en el misterio de este anuncio de gracia. En esta noche, la puerta de la esperanza se ha abierto de par en par al mundo; en esta noche, Dios dice a cada uno: ¡también hay esperanza para ti! Hay esperanza para cada uno de nosotros. Pero no se olviden, hermanas y hermanos, que Dios perdona todo, Dios perdona siempre. No se olviden de esto, que es un modo de entender la esperanza en el Señor”.

Las manos vacías: son las palabras que utilizó Santa Teresita del Niño Jesús para expresarle al Señor la profunda confianza que tiene en su Misericordia: «En la tarde de esta vida, compareceré delante de ti con las manos vacías, pues no te pido, Señor, que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, yo quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de Ti mismo». Abrimos las manos, dejando de la lado nuestros pobres méritos, para recibir del Señor su gracia y su perdón. El rico y el soberbio *cierran sus manos* porque creen que no necesitan de nadie más que de sí mismos para salvarse. El pobre y el humilde *abren sus manos* sabiendo que siempre están necesitados de la Gracia de Dios, porque todos somos “mendigos de su Amor”.

Los pies ligeros: son necesarios para llevar la Luz de la Esperanza que el Señor ha encendido en nuestro corazón allí donde se ha apagado. La esperanza cristiana nos impulsa a movernos “rápidamente” como peregrinos de luz en las tinieblas del mundo. “Todos nosotros tenemos el don y la tarea de llevar esperanza allí donde se ha perdido; allí donde la vida está herida, en las expectativas traicionadas, en los sueños rotos, en los fracasos que destrozan el corazón; en el cansancio de quien no puede más, en la soledad amarga de quien se siente derrotado, en el sufrimiento que devasta el alma; en los días largos y vacíos de los presos, en las habitaciones estrechas y frías de los pobres, en los lugares profanados por la guerra y la violencia. Llevar esperanza allí, sembrar esperanza allí. El Jubileo se abre para que a todos les sea dada la esperanza, la esperanza del Evangelio, la esperanza del amor, la esperanza del perdón” (Francisco, homilía del 24 de diciembre de 2024).